

# La fobia, estructura originaria del pensamiento<sup>1</sup>

Annie Birraux\*

La investigación que culminó, hace algunos años, en la elaboración y publicación de esta tesis teórico-clínica, se había orientado inicialmente hacia el tema de los movimientos de transferencia y de contra-transferencia en las curas de adolescentes. La idea, el hilo conductor de este trabajo, no era tanto el de calificar la relación de objeto adolescente, de especificarla en contraposición a un caso infantil o adulto, sino más bien la de comprender en el inicio de la terapia, la forma de emerger casi sistemática de posiciones fóbicas, a veces violentas, a veces más moderadas pero comprometiendo todas de manera crítica la continuación del proceso.

Hoy podría generalizar con gusto, el hecho de que toda cura adolescente se organiza en un momento en el que el analista es vivido como un perseguidor. Esta experiencia trae aparejada, ya sea el rechazo, la ruptura del vínculo, o el advenimiento de un espacio de *insight*. Diría también que estos momentos fóbicos no pueden ser asimilados a aquello que emerge sintomáticamente en las curas de adultos. Primero, en razón de su imprevisibilidad: no se pueden anticipar dentro de una “lógica de sentido”; tampoco pueden ser siempre considerados como producto de una falta técnica; y segundo, de acuerdo a su resolución: estas posiciones no generan necesariamente una evolución psicopatológica cualquiera, pero pueden testimoniar un momento potencialmente fecundo, siempre y cuando se puedan marcar las salidas.

En realidad, estos movimientos parecían tener una mayor relación con el miedo o con el terror, incluso con el pánico, que con una eflorescencia de angustia neurótica. Parecía tratarse de certezas de *hic* y *nunc* que no requerían necesariamente una relación con la historia infantil o testimoniaban una incapacidad de reinvestir ésta de acuerdo con una especie de fracaso al recurso del pensamiento, o de forma más amplia, a la representación. Me interesaron entonces estas puntualizaciones en el decaimiento de la cura en donde el encuadre, en el cual estaba incluida, se tornaba malo, peligroso y persecutorio, y en donde todo estaba coordinado para significármelo, ya fuera en la palabra, o en las múltiples puestas en escena de la agresividad o del rechazo.

Hace veinticinco años, la adolescencia ya no era quizás la “Cenicienta” del psicoanálisis, pero nuestros instrumentos de pensamiento permanecían aún sin ser pulidos. Las indicaciones del inicio de terapia del adolescente, por parte del psicoanalista, estaban a priori afectadas por valencias limitantes, de manera que una interrupción de la cura o una imposibilidad de iniciar el trabajo con el adolescente podían aparecer, en suma, como cosas completamente banales y normales, siendo la excepción la conducción de la cura. El recurso a lo ya sabido sobre la tendencia del joven al acting, sobre su incapacidad para comenzar con las representaciones incestuosas y parricidas, o para entender su mundo interno, siendo éste un real no elaborable, cerraría fácilmente la dinámica de trabajo antes siquiera de haberle dado la oportunidad de comenzar.

En esta coyuntura sin embargo, se perfilaban nuevos modelos, esencialmente del lado de la psicopatología grave- psicosis y dependencias- que alimentaban a los clínicos con la idea de que quizás todo no habría sido dicho, o que en todo caso este período de la pubertad merecía una segunda lectura, merecía ser aprovechado como paradigma del tema del sujeto, de la apropiación que éste último realizara de la historia de su infancia y de su destino. Un momento crítico de repetir el Edipo, de modelar la economía psíquica posterior, o un momento específico de vincularse o desvincularse luchando por un poder organizador (desorganizador o reorganizador) del impacto de la pubertad sobre el psiquismo.

---

<sup>1</sup> . Birraux, A. (1997).- *La phobie, structure originaire de la pensée*. En: Fine, A., Le Guen, A., Oppenheimer, A.-dir.- **Peurs et phobies**. - pp. 135-157. - París: Presses Universitaires de France.

\* *Psiquiatra, Psicoanalista. Profesora de la Universidad de París 7.*

La idea de que la contra-transferencia precedía e inducía a la transferencia, provocaba grandes cuidados internos y obligaba a examinar tanto la seducción por el objeto como el miedo que éste podía engendrar. Quedó demostrado gracias a los historiadores, que los jóvenes siempre habían causado temor y que las sociedades nunca habían dejado de preocuparse por crear instituciones para contenerlos. Por social que fuera esta constatación, no podía ser dejada entre paréntesis por el terapeuta de adolescentes confrontado a la emergencia de una nueva pulsionalidad que busca, tanto a sus objetos de satisfacción como a sus soportes representativos. Sin embargo, la afirmación de un punto cero en la relación terapéutica, originado en un análisis detenido del deseo del analista, podía derivar de manera sospechosa de un postulado, pero del tipo indemostrable, como si de la gallina y el huevo, el flujo y el reflujo, el día y la noche, sólo se pudiera poner una figura única para borrar la tirantez producida por la incertidumbre o la contradicción.

“Al principio era” ilustra bien esta necesidad de anclar la historia sobre un cuerpo muerto<sup>2</sup>, de un punto de fijación, el cual no podría ya intervenir respecto a lo ya precedido pero determinaría en cambio lo que sigue. Como bien sabemos, esta singular exigencia está presente en los relatos sagrados de la creación del mundo.

No obstante, “Al principio era el verbo” “era la carne” “era el acto” conforman tantas reescrituras de un relato del que cada cual se nutre, se funda en aquellas imágenes y palabras que les dan consistencia y existencia, al punto que un predicado valdría por otro si no pensáramos que sólo hay fundamentos en el enigma, en la ausencia de certezas y en el espacio de interrogación y misterio del cual procede todo pensamiento y toda creación. “Al principio” de aquello en lo cual experimentamos la existencia, hay necesariamente una relación de alteridad, del verbo, de la carne o del acto, a condición de que éstos sean compartidos. Los fantasmas de auto-engendramiento y todo-poderío originario, limitan en este caso la capacidad de recepción psíquica de una afirmación contraria que sería ideológica y como consecuencia reducible. Esta tendencia a la escansión temporal de la interrelación es una manera de negar esta última. El origen del sujeto se encuentra esencialmente en el espacio de una puesta en común que no se deja controlar, ni verbalizar fácilmente.

En la definición de transferencia dada por Freud<sup>3</sup>, repetición en la relación de amor de los imprevisibles de la neurosis infantil, “reimpresiones, copias, mociones y fantasmas que deben despertarse y tomar conciencia en forma conjunta con el progreso del análisis (lo que) cuya característica es... la sustitución del médico por una persona anterior ya conocida”, y lo que significa de esta transferencia al servicio de la resistencia, “aquello que se repite y que no corresponde a la actualización de lo que efectivamente fue vivido, pero sí a la realidad psíquica, es decir a lo más profundo del deseo inconsciente y de la realidad conexas” se deja lugar para el espacio de la constitución de la interpretación. La evidencia de formas repetidas, aun cuando se caracteriza una construcción posible siempre respecto a otra parcialmente sustraída, razón incluso por la cual el analista prefiere una interpretación a la otra, se torna justamente evidente sólo a través de las palabras y el afecto ambos reencontrados y reinvestidos. En cada ocasión la situación es única. Y lo que es más, la coincidencia de estos dos movimientos en el proceso, sólo pueden señalarse en *après-coup*, en los efectos mutantes de esta interpretación. ¿Qué sucede entonces con aquello que resiste, no sólo a ser verbalizado sino a también a ser representado, e incluso figurado por parte del paciente? Describo aquí la figura como una proto-representación, un ícono, prestado por el exterior y que mantiene una actividad de pensamiento, creando ligaduras entre cosas certeras.

El recurso a los textos históricos, el desvío utilizado por Freud para comprender y dar cuenta de la interrupción abrupta de la cura, de los ataques contra el encuadre, de los pasajes al acto, se impuso de este modo con el objetivo de teorizar, de constituir “una figura” que me permitiera continuar pensando en situaciones en donde el “blanco psíquico” del paciente podría sugerir terror, así como también en situaciones de contagiosidad riesgosa, amenazadas por el

---

<sup>2</sup> *Boya, cuerpo muerto que identifica el lugar y la eventual deriva de un barco en el puerto.*

<sup>3</sup> . *Me remito en este caso a J. Laplanche y J-B. Pontalis: “En el origen, la transferencia para Freud, al menos en el plano teórico, es tan sólo un caso particular de desplazamiento del afecto de una representación a la otra.”* Vocabulario del psicoanálisis. Paris. PUF. 1967 (p. 494).

azoramiento. O por decirlo de otro modo, con la condición de pensar los movimientos de transferencia dentro de una elaboración “de a dos” pero suspendida en el tiempo, a partir de la convicción, o de la certeza de medir aquello que la pubertad puede despertar en cada uno de nosotros: necesidad de seducir y de destruir. Es decir que a partir del momento en el que el adolescente no es más, *a priori*, un objeto de riesgo para el psicoanálisis y para el psicoanalista, el movimiento fóbico visto desde una perspectiva teórica, tal como se daba a entender durante las curas de adolescentes, se imponía como un crisol propio de la elaboración de la dinámica de transferencia-contratransferencia, de otro modo incomprensible.

Los trabajos de Kohut sobre la transferencia narcisista o idealizadora, que actualizan por otra parte el tema de la transferencia en los psicóticos o en los estados límites, allí donde las vicisitudes de la subjetividad problematizan también la construcción del objeto y el recurso de compartir las representaciones y las palabras, fueron, al igual que los trabajos de Melanie Klein, de un gran aporte. Pero la adolescencia no es ni psicosis, ni estado límite, sino tan sólo un tiempo y un trabajo de apropiación de la historia de infancia en un lenguaje de pulsión desde entonces genitalizado. La utilización de modelos marcados por el sello de la psicopatología no era adecuado, aunque en ciertos aspectos podía ser pertinente.

La hipótesis de lectura de la clínica a partir de un modelo teórico estructural no eliminaba ni la interrogante planteada por la transferencia, ni “la prueba por la palabra”. Enunciado que en la relación de amor-odio, en plena crisis de adolescencia, en donde alguna cosa se reactiva solicitando la otra parte que se verbaliza de la relación, a saber los fundamentos del sujeto psíquico y los mecanismos de la creación de su mundo interno del cual ni el determinismo transferencial, ni el de su significante podían dar total cuenta, obligaba a pensar las constantes del funcionamiento psíquico y su utilización.

Remitimos al lector al *Eloge de la fobie*, en donde se inspira esta comunicación. Pondremos el acento, fundamentalmente: 1) en el estado de los lugares teóricos, 2) en los trabajos de Freud respecto a la fobia, 3) en las fobias adolescentes, 4) en la fobia como estructura originaria del pensamiento. El espacio que nos es dado no nos permite una exposición clínica. Es evidente que esta construcción la implica y que una no funciona sin la otra, pero una vez más, el manejo de estos momentos violentos y fecundos “de adolescencia” no podría haber sido realizado sin este modelo estructural.

## Historias de fobias.

La fobia ha estado atormentando desde siempre a los hombres, poetas, médicos e investigadores<sup>4</sup>. La institucionalización popular de fobias colectivas a través de ritos y sacrificios, parece por otra parte haber regulado la angustia provocada por la relación con lo exterior, en el comercio de la alteridad, contribuyendo de este modo a la constitución de la identidad y a su defensa. La creación de un léxico de la fobia<sup>5</sup>, a fines del siglo pasado, parece haber tenido como único fundamento, utilizando para ello la ciencia, el de trivializar la conducta ordinaria del humano ordinario<sup>6</sup>. Si bien la fobia parece haber conquistado la autonomía en el siglo XIX con la nosografía y el psicoanálisis, las fobias, nunca dieron lugar a una modelización

---

<sup>4</sup> . A. Birraux. Les phobies, Paris, PUF, “*Qué sais-je?*”. 1995)

<sup>5</sup> A este respecto, ver los trabajos de Angelo Hesnard: Las fobias. Paris. Payot. 1961.

<sup>6</sup> En las clasificaciones a las cuales nos remiten, todo en uno es fóbico, desde la cifra trece hasta la vista de sangre, pasando por las serpientes, las ratas, los grandes espacios o los pelos de los perros. Este uso del hecho fóbico en beneficio de su objeto nos recuerda lo que sucede hoy, pero inversamente, en la aproximación de las dependencias (todo se confunde: de la droga al alcohol, del tabaco a la anorexia, de la bulimia a la sexualidad). El hombre siempre tiene la necesidad de establecer un orden explicativo en lo real que sin embargo, está hecho para sucumbir con el movimiento de las ideas. Mallet (1961); A. Freud (1977) *Fears, anxiety and phobie phenomenon. Psychoanalytic study of the child.* (1932); Lebovici y R. Diatkine (1968).

consensual. Entre las monomanías de Esquirol, la paranoia rudimentaria de Morselli, la manía sistematizada de Ferrus, las fobias de Régis y Pitres y las fobias psicasténicas de Janet, no podemos tejer ninguna concordancia teórica. En el mismo orden de ideas, la cuestión que se debate a menudo sobre la fobia como síntoma o estructura, parece caducar en la constatación clínica de las características de su surgimiento: fobias de la neurosis infantil, fobias en la psicosis, fobia aislada de un funcionamiento neurótico, fobias de adolescencia, fobias que preceden las implosiones melancólicas... La estructura que puede dar cuenta de este funcionamiento sintomático sólo podría ser una estructura de tipo primario, arcaico, cuya utilización es solicitada a lo largo de toda la existencia. La fobia sería entonces un valor de la humanidad, recurso en el cual se funda, pero también quizás se aniquila, el funcionamiento psíquico.

Sobre la génesis de la fobia (Mallet, 1961), su lugar en la conceptualización nosográfica del hecho psicopatológico (A. Freud, 1977; Melitta Sperling, 1972), su sentido del pronóstico (Lebovici y Diatkine, 1968), o su significación (Torok y Abraham, F. Perrier), no se ha dicho gran cosa si la comparamos con la histeria o las perversiones o las psicosis, que desde tiempos remotos han solicitado la atención de los investigadores, haciendo correr mucha tinta. Sin embargo, éste es probablemente el objeto clínico que más encontramos en nuestra práctica, a pesar de ello y en detrimento del aporte del pensamiento post freudiano a la clínica, la literatura sobre el tema sigue siendo globalmente bastante clásica, reiterativa y no refleja las preguntas constantes planteadas por el propio Freud.

De este modo, Ana Freud, quien en 1972 tuvo la inquietud de resumir los trabajos de su padre, hizo abstracción de las cuestiones teórico-clínicas que alinearon el trayecto elaborativo de Freud. En su artículo "Fears, Phobias and Anxieties", vilipendia a aquellos que otorgarían la característica de fóbicos a los síntomas que tan sólo se aproximan o que tienen una causa desconocida, y defiende la idea de que una verdadera fobia (*a full-blow phobia*) se asocia incondicionalmente a: simbolización, condensación y proyección. Esta posición rígida que la opone a Sandler, quien evoca las formas menos clásicas de la fobia, las angustias de diferente naturaleza que las infiltran y sobre todo la labilidad de los mecanismos de defensa del niño que pone en escena cuadros a menudo mixtos para mantener un umbral tolerable de angustia engendrada por su actividad fantástica, debe ser examinada cuando recordamos las dudas planteadas por Freud a lo largo de toda su vida, sobre el hecho fóbico. Este debate tiene sin duda otros aspectos que no es necesario poner aquí en el orden del día, pero es cierto que utilizando como pretexto la fidelidad a Freud se demuele completamente un espacio que siempre fue de interrogación y de incertidumbre para el fundador del psicoanálisis.

En el legado de Ana Freud, los trabajos de Melitta Sperling<sup>7</sup> sobre la fobia escolar encuentran los mismos límites. La necesidad de tratar todas las fobias como neurosis, a nuestro entender, sólo puede constituir un aspecto escolar o de formación inicial. No se necesita realizar la prueba, por una parte porque como síntoma la fobia participa de cuadros nosológicos muy diversos y por otra parte, la fobia escolar no ha encontrado su espacio de definición. Si otorgamos a las fobias de objeto identificadas, la significación de alguna cosa en común, al menos mínimamente, vemos que la escuela elude tal exigencia. La escuela es un espacio, pero es también los que enseñan, los alumnos, los objetos inanimados y lo que es más, es un lugar en donde se impone la obligación de pensar. La fobia llamada escolar puede ser una agorafobia, o miedo a los transportes, a la piscina, al cuerpo exhibido durante el curso de educación física, miedo a algunos objetos aparentemente inocentes o un miedo a pensar. Sin ceder a conclusiones apresuradas, podemos preguntarnos si este rechazo de problematización no tiene como función la de preservar la cohesión del edificio teórico de las neurosis de transferencia, de las cuales la fobia siempre se mantuvo alejada.

La teorización más interesante y construida que hemos encontrado es sin duda la de J. Mallet (1961) a partir de la hipótesis de un punto cero de la fobia originada en el terror nocturno, y del impacto del proceso madurativo del sujeto sobre las formas y declinaciones de este primer síntoma. Es cierto que podemos, a justo título, preguntarnos por qué entonces, la histeria, la neurosis obsesiva, incluso las psicosis, no encontrarían su preforma en este mismo

---

<sup>7</sup> M. Sperling (1972). *Las fobias escolares*, in RFP Paris, PUF.

terror, pero el interés de esta arqueología de la fobia permite pensar en los orígenes del tema, como en las formas más espeluznantes de pesadillas sin imágenes:

- un estado de desamparo somato- psíquico inconmensurable;
- una falla de la capacidad representativa;
- una función de la fobia que participaría en las pruebas que el sujeto se debe dar sobre su propia existencia cuando las referencias interno/externas desaparecen.

La lectura de los trabajos de J. Mallet nos incitaba a interpretar que “la fobia” podría contribuir a mantener el “poder representarse” antes que contribuir al “poder pensar”.

Desde esta perspectiva, el tema tan a menudo invocado<sup>8</sup> en las fobias, de la separación imposible y de la angustia que ésta genera, o de la puesta en marcha de defensas del tipo sádico-anal eran epifenómenos, constataciones quizás irreductibles, que no sabríamos cómo eliminar o subestimar, pero que no constituirían los prolegómenos del asunto sino tan sólo sus consecuencias o sus diversas figuras. La idea, por otra parte, de que la angustia pueda calificarse (como derrumbe, separación, castración), habla en favor del hecho de que momentos de Particular maduración inicien también elaboraciones posibles de esta angustia en diferentes escenarios. Ya que la angustia no es siempre sólo esa marca de la neotenia o de la impotencia primitiva, miedo-señal del no-ser por la cual estamos indefinidamente movilizados. La angustia, es la memoria sedimentada pero siempre activa de nuestra historia de los orígenes, sobre la cual pesan amenazas aterradoras e insensatas. Cualquiera sea su teoría, exceso de libido o señal para el yo, la angustia es siempre el afecto de la amenaza de destrucción. La angustia no tiene muchas causas.

La historia de las fobias podría retomarse de manera más amplia. Sin embargo, no hay nada más para decir en este caso. En algunos textos de clínicos eminentes y de algunos no tanto, aparece la dificultad de situar el tema entre el miedo y la angustia, como si la problemática narcisista se lo disputara a la historia objetal; también aparece la dificultad para problematizar la modelización freudiana del “Pequeño Hans” en aquellos textos que precedieron o que siguieron a este análisis. El modelo estructural aquí propuesto no borra la validez de éste. Al contrario, permite comprender cómo el funcionamiento fóbico irá declinando la complejidad de la historia y de sus sedimentos en el inconsciente.

Sólo una puntualización como conclusión de esta breve reseña: el sufijo de fobia aparece por primera vez en clínica, en un texto de Caelius Aurelianus en el siglo VI antes de Cristo para caracterizar un síntoma que no se sabía si pertenecía a una enfermedad del cuerpo o del alma. Este síntoma conjugaba a la vez el deseo de beber con la aversión al agua. Era la hidrofobia, de la cual hoy sabemos que caracteriza la rabia. ¿Podríamos calificar a este acto de nacimiento como un simple hecho de azar? Es un hecho cierto que la fobia se substantivó muchos siglos después, pero no es un hecho cierto que podamos volver a llevar al espacio psíquico una cuestión que inicialmente se relacionó con el espesor corporal.

### **La fobia en la obra de Freud.**

Las concepciones freudianas de la fobia se reducen a menudo al Pequeño Hans o al Hombre de los lobos. Sin embargo, éstas aparecen hoy como una modelización obligada por el deseo de una construcción lógica de una teoría de conjunto de neurosis de transferencia, en las cuales la fobia parecería sin embargo, tener un espacio específico. No borran las dudas posteriores de Freud sobre la propia cuestión del síntoma y no aparecen tampoco como una

---

<sup>8</sup> Es una de las ideas de Spitz que hace de la fobia la heredera de la angustia del octavo mes pero que no nos parece del todo apropiada. La angustia hacia lo extraño sólo aparece como prototipo de situaciones fóbicas para aquel que se le aproxima en demasía. Por cierto, la angustia del lactante surge además en los brazos de la madre.

solución dada por las interrogantes anteriores que ya en 1892 habían encontrado su primera formulación.<sup>9</sup>

Durante el transcurso cronológico de los textos a los cuales nos remite esta introducción, señalemos en 1894<sup>10</sup> una afirmación de la cual podemos decir que se mantuvo en reserva surgiendo luego en un texto conocido pero de tardía difusión de las “impresiones conjuntas sobre las neurosis de transferencia”: “El grupo de fobias típicas, de las cuales la agorafobia es el prototipo, no se deja reducir al mecanismo psíquico descrito antes... No encontramos aquí la representación reprimida de la cual el afecto de angustia habría estado separado. La angustia de estas fobias es de otro origen<sup>11</sup>.”

Unos veinte años más tarde, luego de haber recordado que la humanidad descubrió la ansiedad bajo la influencia de las privaciones provocadas por la glaciación de los continentes y que un mundo inhóspito creó las condiciones necesarias para que surgiera una angustia de lo real, Freud, se preguntó si esta última precedía o no a la angustia del deseo, luego de lo cual concluyó: “Un cierto número de niños traen al nacer la ansiedad que viene desde el inicio de la época glaciación y esta ansiedad los induce a tratar la libido insatisfecha como un daño externo”<sup>12</sup>. La angustia de la fobia remitiría de este modo a la neotenia\* del pequeño ser humano, “a su falta de ayuda”, a su impotencia primitiva y de manera secundaria “a una complacencia de azar”<sup>13</sup> en donde el hecho orgánico, social, cósmico se conjuga con el hecho psíquico “en efigie o *in abstentia*”.

Esta puesta en perspectiva de la angustia fóbica con la fragilidad narcisista “fuerza o debilidad del yo (1892), pérdida de confianza en sí mismo (1894), fragilidad del sujeto: vértigos, manifestaciones somáticas del miedo, terror, hiperestesias (1895)” podría interrogar de hecho sobre el estatus metapsicológico del miedo. Freud parece estar siempre dividido entre la idea de que existe “una herencia” de la historia de la humanidad, una certeza de amenaza de inexistencia que se reactiva en distintas circunstancias de la existencia y que recuerda a “las fobias banales” o a los miedos “normales”, y la idea de una constatación innegable de un tipo de afecto distinto como resultado de las vicisitudes de la represión. Los psicoanalistas parecen haberse alejado definitivamente del miedo, como si éste no pudiera estar en los orígenes del sujeto psíquico, como si no fuera parte de “Los estudios sobre la histeria” en la propia noción de traumatismo, y como si se hubiera olvidado el hecho de que no existe probablemente ningún texto de Freud sobre la angustia en donde no se mencione el estado original o consecuente del miedo. Éste es sin embargo, la constatación más común y trivial que puede haber. En una temporalidad específica, expresa la primera respuesta del sujeto hacia la representación aunque haya sido poco precisa, del peligro y de la amenaza vital.

Habría entonces motivos para brindar una mayor atención, pues la angustia podría no ser más que la memoria de miedos primitivos tejidos en las redes de figuraciones traumáticas. Síntoma o defensa, contaría la historia mientras que el miedo contaría el suceso, el hecho. En este sentido, el miedo sería el objeto y la angustia el sujeto.

En las curas de adolescentes, siempre que se tenga seguridad de estar atento a esta puesta en perspectiva, la mutación de la angustia en miedo es una constatación trivial. En las zonas de sombras cercanas, en donde tratan de imponerse representaciones inaceptables de escenas incestuosas y parricidas, el adolescente expresará el peligro puntual de un objeto hasta ese entonces familiar y que quizás podrá dominar al otro día o varios días después. No obstante, nunca habla de miedo: hay “angustia”. El error terapéutico consistiría en señalar demasiado pronto el sentido de tales desplazamientos, ya que estas puestas en escena inconscientes en donde participa por supuesto la represión, son intentos por localizar la maldad

---

<sup>9</sup> S. Freud (1892-1893). Un caso de curación por hipnosis. En Resultados, ideas, problemas. Paris. PUF. 1984 trad. Francés p.31 CF Elogio de la fobia. Op. Cit. P.23.

<sup>10</sup> S. Freud. 1894. Las psiconeurosis de defensa. En Neurosis, psicosis y perversiones. Paris. PUF.

<sup>11</sup> S. Freud. Ibid p. 11 nota al pie de página.

<sup>12</sup> S. Freud. 1914. Perspectivas de conjunto sobre las neurosis de transferencia. Paris, Gallimard, 1986.

\* (N. del T.) Néoténie en el original: Persistencia de caracteres larvarios en el estado adulto en algunos animales.

<sup>13</sup> Sobre este concepto, remito al lector a los trabajos de Roland Gori y en particular a La prueba a través de la palabra o de la causalidad en psicoanálisis. Paris. PUF. 1996.

del objeto, el cual deberá ser reintroyectado para permitir una elaboración. Esta “maldad” deberá ser contenida antes de reenviarse para que pueda entonces ser soportado.

Una vez entendido, recibido, digerido y metabolizado por el otro, se torna menos peligroso, quizás al menos queda limitado si aún no fuera elaborable, hasta que el sujeto toma conciencia de la repetición de las estrategias defensivas que utiliza.

Sin duda alguna, la fobia no habla de miedo sino de angustia, pero de esa angustia de la cual el sujeto busca las circunstancias en las que surge para poder librarse de ella.

En 1895<sup>14</sup> podemos leer que la fobia se relaciona con otro tipo de funcionamiento psíquico distinto a aquellos evidenciados en la histeria y en la obsesión, ya que “la reductibilidad mucho antes que el afecto no proviene de una representación reprimida. No es accesible a la psicoterapia”. Al mecanismo de sustitución que no podemos invocar, se agrega en esta diferenciación la represión, que en este artículo, en donde se duda en situar la fobia entre neurastenia, neurosis o histeria de angustia, no existiría.

Este texto es evidentemente muy importante, aunque rara vez haya sido citado por Freud en sus argumentaciones críticas de las modelizaciones de la fobia. Tomarlo al pie de la letra probablemente nos desviaría, pero no tomarlo en cuenta nos induciría a otros errores. En un plano histórico, esta afirmación es casi contemporánea al caso de fobia de Emma, en donde el recuerdo reprimido de abuso infantil se encuentra durante la pubertad, reinvestido. Vemos entonces que se da en Freud un conflicto de ideas, más aún porque nos encontramos frente a una fobia relativamente común<sup>15</sup> como es el miedo a salir. Este conflicto de ideas no podrá ser resuelto de forma definitiva.

Sin retomar el mismo trayecto que Freud realizó sobre la fobia<sup>16</sup>, observamos que en el transcurso de sus primeros trabajos se desarrollan al menos tres puntos de vista: -la fobia es un síntoma de la neurosis histérica (1892); -la fobia tiene características propias que le otorgan su particularidad fuera del cuadro de las neurosis de transferencia (1894). No es accesible a la psicoterapia porque no hay represión; -la fobia tiene que ver con el miedo (1892 y 1894). No obstante, no será posible para Freud separar la fobia de la angustia y veremos a lo largo de los años, cómo su teoría se enriquece buscando ser más precisa, pero a la vez adquiere una mayor complejidad en la medida en que nunca abandona sus primeras perspectivas. Tal es así, que en 1905, en *La interpretación de los sueños*, la fobia es absorbida de nuevo por la histeria de la cual había sido separada de manera bastante categórica en 1894. El caso propuesto tiene su interés. Se trata en efecto de una joven “que manifiesta una aversión hacia su madre... mientras que se muestra particularmente buena y obediente con su hermana mayor... La fobia que más la atormentaba, era la idea de que alguna cosa pudiera ocurrirle a su madre. Sin importar donde se encontrara, corría a su casa para asegurarse que su madre estuviera bien”<sup>17</sup>.

Una fobia curiosa, si aceptamos la idea de que en este caso ningún objeto es particularmente persecutorio, salvo justamente *la ausencia* de la madre. El desamparo de no sentir la mano materna, producido también sin duda por la opresión extraña de las agorafobias<sup>18</sup> para las cuales el gentío, así como los espacios despoblados son percepciones suficientemente importantes para desatar el pánico o incluso el terror, como si faltara el sentimiento de seguridad de una presencia, confiere un estatus causal tan extraño como problemático. En este caso la causa de la fobia, y eventualmente de su reinscripción obsesiva, sería la intensidad del deseo de poseer un objeto, de aferrarse a él, quizás para destruirlo, pero en su figura inversa y no obstante correlativa, sería el miedo a que la integridad narcisista sea dañada debido a la ausencia del

---

<sup>14</sup> S. Freud (1895) “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia”. En: Neurosis, psicosis, perversión. Paris, PUF. 1973

<sup>15</sup> . Suponiendo que Freud mantiene la idea de que hay una diferencia de mecanismos entre las fobias comunes y las fobias de otra naturaleza, la fobia de Emma estaría dentro de la primera categoría.

<sup>16</sup> . A. Birraux. Eloge de la phobie. Paris. PUF. “Le Fil rouge”. 1994 y Les phobies. Paris.PUF. “¿Qué sais-je?”1995.

<sup>17</sup> S. Freud (1900). La interpretación de los sueños. Paris. PUF. 1967. p. 226.

<sup>18</sup> *Que la agorafobia pueda hacer surgir a aquellos fantasmas reprimidos de degradaciones verdaderas, no quiere decir que la supresión de esta represión, haga desaparecer el malestar y produzca una reconciliación con el espacio y la masa. El desamparo primitivo surge como algo infranqueable en todos los análisis de estas puestas en escena. (palimpsesto)*

objeto. En este caso, sólo se puede hablar de constatación dentro de una forma motriz, impulsiva que no encuentra para expresarse ningún soporte ideativo. El sujeto está en este caso bajo la influencia de una obligación representativa- algo podría llegar a sucederle a su madre- a la cual no puede eludir pero que sería sin embargo, secundario. La persistencia de un riesgo de desmoronamiento (que no se asocia entonces a una representación), es inicialmente lo que lo conduce a la necesidad de verificar que su madre sigue con vida. El dolor de esta constatación de soledad y de impotencia para auto ayudarse genera, de esta forma, una construcción de identificación proyectiva.

La fobia, de todas formas, no es una neurosis de angustia: “No es sorprendente que la ansiedad de las fobias obedezca a condiciones completamente distintas de la propia ansiedad: en las fobias, la ansiedad está relacionada con un contenido perceptual o ideacional, y el surgimiento de este contenido es la principal condición para la constitución de la fobia”<sup>19</sup>. En algunas de sus formas podría tratarse de histeria de angustia: “para las fobias del tipo de las de nuestro pequeño paciente (Hans), que son de hecho las más comunes, la designación de histeria de angustia no parece inadecuada: se la propuse al Dr. Stekel cuando emprendió su explicación de los estados ansiosos neuróticos y espero que la cite”<sup>20</sup> más aún si damos por descontado que no implica los mismos mecanismos de funcionamiento psíquico. Sin embargo, cuando se trata de dar cuenta del análisis del pequeño Hans, Freud parece haber borrado todas sus interrogantes anteriores. Este psicoanálisis, por intermedio del padre, fue tan difundido que nos vemos obligados a exponer su contenido.

Retengamos tres cosas:

1) La fobia aparece en un niño imposibilitado de dar cuenta de los enigmas de la existencia: la diferencia entre los sexos y el misterio del nacimiento de su hermana pequeña. La *exigencia de saber* hace tambalear el equilibrio pulsional anterior, creando las condiciones necesarias para una verdadera disarmonía. Encontramos las mismas condiciones de derrumbamiento narcisista en las fobias normales de la adolescencia en donde la necesidad de saber, de hacer teoría, esencialmente respecto a las relaciones de los padres, y con los padres, es una necesidad del yo cuando se desestabilizan, bajo el efecto de la pubertad, las lógicas de placer anteriores.

2) La fobia se constituye en dos tiempos: primero, se da una crisis de angustia mórbida, y segundo, un efecto de desestabilización, de proyección de la angustia sobre un objeto simbólico que se tornará persecutorio. El efecto en *après-coup*, particularmente explícito en el caso de Emma<sup>21</sup>, nos permite comprender los tonos y formalizaciones distintos y matizados de una construcción fóbica, así como también, el nivel de maduración del yo permitiendo combinaciones elaboradas mientras que el sistema proyectivo puede ser solicitado por objetos absolutamente inocentes. La fobia es una manera de sobrellevar la angustia; pero quizás haya que admitir que esta angustia podría no ser, inicialmente, “angustia de deseo”.

3) A la incapacidad de represión o a sus vicisitudes, que se mantienen entonces al nivel de maduración del yo, puede emplearse una operación psíquica concerniente a los contenidos conscientes del pensamiento, como por ejemplo, la condena o el juicio, mecanismos en todo caso sometidos a la lógica de los procesos de desarrollo y que no pueden ser solicitados en los estados de desamparo primitivo o de repetición de éstos en las etapas de la vida. No se trata de hacer de la fobia una “operación intelectual” sino de señalar las condiciones que la hacen posible: en todos los casos, encontramos la fragilización del sentimiento de existencia, ya sea de manera crítica, de descripción de los acontecimientos, o de un estado infranqueable envolviendo al sujeto en la precariedad de la vida.

No se trata tampoco de debatir sobre la validez del modelo metapsicológico de la fobia del pequeño Hans, sino de observar que éste es un síntoma transitorio en un proceso de subjetivación sacudido por la neurosis infantil, pero sin embargo, resuelto. La utilización de la fobia, su función positiva y organizadora, podrían haber sido subestimadas, y no obstante, en la mayoría de los casos, las fobias de la primera infancia, así como las de la adolescencia (de las

<sup>19</sup> S. Freud. Neurastenia y neurosis de angustia .op cit.

<sup>20</sup> S. Freud. Cinco conferencias. Op. Cit. P.175.

<sup>21</sup> El proton-pseudos. En: Proyecto de psicología. Paris. PUF.1986 p. 363-369.



cuales volveremos a hablar más adelante), no dan lugar a evoluciones psicopatológicas. Las fobias, en este caso, participan de un movimiento fundamental de estructuración progresiva, de una estrategia de gestión libidinal en la cual el funcionamiento psíquico arcaico es requerido, para una buena evolución en la mayoría de los casos, aunque los resultados favorables no son una garantía tal como testimonia el relato del psicoanálisis de “El hombre de los lobos.”

Los primeros trastornos fóbicos del niño Sergueï estallan justo antes de su cuarto cumpleaños, y lo hacen en condiciones que podrían parecer idénticas, de no estar atentos, a aquellas que precedieron los trastornos del pequeño Hans. Se trata también aquí de una fobia a los animales. El análisis de Sergueï, quince años después de que aparecieran sus trastornos, que adquirieron por otra parte en forma progresiva el carácter de complejidad e invalidez que ya conocemos, culminará en un modelo metapsicológico idéntico al que fuera propuesto en el análisis de Hans: una escena de seducción pasiva cuyo sentido proviene de los efectos de una escena primitiva traumática, en este caso reinvestida<sup>22</sup>, y sus consecuencias inmediatas que se manifiestan por un cambio espectacular de carácter.

Freud, a partir de un sueño y de elementos perceptuales que parecen situar al niño en el más grande de los desconciertos y desamparos, pretende probar que la neurosis infantil tiene una causalidad traumática, a saber una escena de seducción pasiva.

En esta construcción, la inquietud de hacer corresponder un funcionamiento estructural ya presentido con el síntoma fóbico de Sergueï, lo va a conducir a duplicar el modelo anteriormente planteado en el caso de Hans.

La exégesis de los textos freudianos ha sido suficientemente difundida como para que no tengamos que volver a citarla<sup>23</sup> aunque también en este caso se observa una presión por construir una estructura teórica coherente, en detrimento de la significación sintomática de estos dos casos.

Ya que lo que Freud no ve en el caso de El hombre de los lobos, es la debilidad de los objetos narcisistas<sup>23</sup>. Todo acontece, como si los niños, sin importar su calidad de desarrollo precoz y la maduración de su yo, presentaran la misma capacidad de reacción frente a los efectos intrusivos de la seducción sexual. Sin embargo, la “actitud indiferente e inestable de Sergueï, que escucha, comprende, (pero) no se deja acercar demasiado”, protege cierta cosa de la infancia que se mantiene en reserva. “El horror que siente ante una situación independiente y tan grande que para él vence todas las molestias de la enfermedad” que reitera las dificultades relacionales infantiles, no es para nada comparable a la actitud del pequeño Hans, quien cuenta ya desde la época de sus trastornos, con buenos cimientos identificatorios.

Sergueï, “cuyos padres se casaron jóvenes... y a los cuales la vida ensombrecerá pronto con enfermedades - la madre comienza a sufrir de trastornos abdominales y el padre a tener sus primeros períodos depresivos, períodos éstos que lo llevan a estar ausente del hogar”- es de golpe colocado en el lugar de objeto narcisista de la nodriza para la cual éste reemplaza el niño muerto a temprana edad, antes incluso de haber sido investido por sus padres. La llegada de la gobernanta inglesa que lo separa de su nana produce un inmenso, y hasta inconmensurable desamparo. Para expresarlo, Sergueï, construye un discurso fóbico que no será escuchado como tal y que va a perdurar pues en ningún momento logrará tener sentido para el otro.

Es la falibilidad de los objetos de apuntalamiento que hacen imposible para Sergueï la negociación de su neurosis infantil y que hará de su fobia un recurso indefinidamente necesario. El après-coup, en lugar de ser de integración y participar de una maduración, aparece en este caso como inductor de un choque frontal traumático de los afectos y de las representaciones para el cual ninguna salida significativa puede ser propuesta.

---

<sup>22</sup> Cinco conferencias. Op. Cit.

<sup>23</sup> Sin embargo, remito al lector a los trabajos de Nicolas Abraham y Maria Torok, en El verbario del hombre de los lobos. Paris. Aubier, 1976 que tienen el mérito de mostrar cómo la construcción de un síntoma crea una tensión entre el determinismo estructural del cual hablamos y el del significante del cual no podemos hacer abstracción. La decisión tomada para preservar la coherencia de lo expuesto, sería que tomar en cuenta sólo una parte es como borrar la otra, la del sentido o de manera más generalizada la de la simbolización.

<sup>23</sup> S. Freud, Cinco conferencias. Op.cit. p. 345. Podremos observar la oposición intratexto entre “el pequeño Hans” y “El hombre de los lobos”, como si estos títulos prestaran testimonio de una mirada a priori diferente sobre los dos pacientes. El hombre de los lobos nunca fue en realidad visto como un niño.

Para Freud, la diferencia entre la fobia de Hans y la de Sergueï se debía entre otras cosas, al hecho de que el animal de angustia no era un objeto de fácil acceso para la percepción (como un caballo o un perro) ya que sólo era conocido a través del relato y la imagen. Lo que se retiene entonces es la ausencia en uno de ellos de simbolización y desplazamiento. El objeto perseguido parecía poder captarse en la propia irrupción de su construcción ideativa, casi como una proto-representación. Por otra parte, la fobia no se había constituido luego de un episodio de ansiedad, sino luego de un sueño, o para ser más precisos, una pesadilla. Estas diferencias deberían ser tomadas en cuenta, ya que vemos cómo contribuyen en la constitución de una topología de las fobias. Este es un indicador interesante del uso que el sujeto puede dar a sus representaciones, no obstante, plantea más precisamente la cuestión de la relación de la fobia con la posibilidad de pensar, la capacidad de mantener viva la actividad psíquica proporcionándole objetos, cuando ésta no es capaz de asegurar su función representativa. He aquí lo esencial de nuestra investigación: el haber mostrado que los pacientes que manifiestan trastornos fóbicos no reprimen necesariamente ciertos escenarios incestuosos insostenibles, sino de manera más arcaica, las fobias se dan, en situaciones particulares en las cuales existe un impedimento para poder pensar, y para sobrevivir simplemente.

### **Las fobias adolescentes**

No existe la adolescencia sin fobias; no hay reordenamiento psíquico pubertario sin el surgimiento de estos temores oscuros que se despliegan en el entorno, se enfocan en un objeto particular, se abaten sobre el cuerpo o sobre una parte del cuerpo o sobre la psiquis para limitar, o incluso paralizar, su uso y funcionamiento.

No existe la adolescencia sin fobias, silenciosas, discretas, disfrazadas, compensadas o invalidantes, porque el movimiento fóbico está en el núcleo mismo del trabajo psíquico de la pubertad, instrumento de restauración de los objetos narcisistas desfallecientes y reducción de la escisión que instaura el advenimiento del cuerpo sexuado.

Ya hemos mencionado que la clínica las presenta, pero la observación atenta de adolescentes “normales”, si este calificativo tiene un sentido, lo confirma. No existe adolescencia si en un momento u otro de su curso no aparece el surgimiento de ese síntoma o se utiliza esta función. La fobia a tocar y más particularmente a tocar la tiza, hace que este adolescente se ponga guantes en clase; la fobia a los medios de transporte induce al joven a “hacer jogging” cuando debe desplazarse; el temor al agua mineral y sus efectos corrosivos en el estómago hace que este adolescente beba solamente leche (en el caso en el que hubieran burbujas minúsculas invisibles); la fobia a pensar está en el nacimiento del investimento que éste hace de la informática y la lógica binaria; nuevamente, una dismorfofobia explica que este adolescente prefiera correr carreras a hacer gimnasia.

En la mayoría de los casos, estas fobias son transitorias; como en el caso de la neurosis infantil se desvanecen en el transcurso del proceso de subjetivación. Sin embargo, en algunos casos, desencadenan la evolución posterior al punto que resulta imposible evadir la pregunta de su funcionalidad y utilidad, incluso su uso en el curso del trastorno de la pubertad. Las condiciones de emergencia de la fobia, el sentido de las mismas, quedan suspendidos para la comprensión de los procesos de la adolescencia, de este trabajo de restauración de la continuidad del sujeto afectada a causa de la pubertad.

El posible inventario de estas fobias de la adolescencia, dejando de lado la cuestión de su complejidad manifiesta, su trivialidad, simplicidad o extraña naturaleza, daría lugar a una topología del espacio exterior percibido en el impresionante cambalache de objetos indómitos, en el cuerpo, o una parte del cuerpo tomado él mismo como objeto perseguidor porque por escisión es exterior al sujeto, el espacio físico en el que posiblemente se desplegarían las estrategias más elaboradas que debemos conocer para mantener la capacidad de pensamiento, o dicho de otra manera, para luchar con lo experimentado del no-ser. (La fobia de la adolescencia podría ser un paradigma de cualquier negociación narcisista-libidinal, ilustrando los efectos de la oscilación de investimentos del yo en el objeto por intermedio de la calidad y la naturaleza del objeto perseguidor).

Esta topología tiene la ventaja de poder metaforizar el uso que se hace del límite. A la confusión interna del tema que preside a la instalación de las agorafobias, las fobias del pensamiento, crisis de pánico o pavor se opone la estructuración tópica de las fobias de objeto nombrado, ya sea este un perro, gato, serpiente o ratón. Sin duda el carácter animado o inanimado de dicho objeto no carece de interés, pero la posible identificación del objeto perseguidor da prueba de un funcionamiento psíquico especializado, regido por reglas de diferenciación que en el primer caso no existen para nada o existen apenas y de manera insuficiente. A estas dos categorías se agregan lo que llamo las fobias del límite, fobias del cuerpo, esencialmente, del envoltorio material de la psiquis, ereutofobias, dismorfofobias, incluso hipocondrías: en este caso el espacio exterior e interior se conjugan en el envoltorio del cuerpo sexuado y su espesor.

En los tres casos, la proyección entra en acción, descargando el mundo interno de lo que le es ajeno e insoportable, pero la eficacia de la descarga no es comparable en cada ocasión. Atribuir al caballo o cualquier otro “animal de angustia”, o a cualquier otro objeto identificable una característica persecutoria, permite circunscribirlo y evitarlo en procedimientos eventualmente cada vez más complicados. No es el mismo caso en los otros dos tipos de fobia, en las que el depositario es el sujeto en sí mismo, ignorante de sus propios límites. Por motivos que restan aún por comprender, la proyección no funciona. La maldad que se deposita en el otro continúa acechando, como si el otro fuera aún una inclusión del yo. La pregunta queda planteada en lo que se refiere a si esta ineficacia de la proyección es lo que fragiliza al yo o lo que se desprende de la fragilización narcisista, en todo caso se impone la evidencia de un vínculo entre el buen uso de esta función y las vicisitudes de la constitución del narcisismo.

Por otra parte, no es casualidad que los momentos privilegiados de aparición de las fobias, de la neurosis infantil, la adolescencia o el curso de la vida sean tiempos fecundos de estructuración psíquica o reestructuración, momentos de fragilización narcisista: edipo, edipo genital, eventualmente períodos de duelo o de reordenamiento psíquico vinculado con una enfermedad, separación o desempleo. La proyección se solicita entonces para mantener en un nivel de tensión soportable los ataques internos de un objeto malo no identificable que compromete al sentimiento de existencia y el valor del yo. De manera menos sistemática que las fobias de la tercera edad o la adolescencia, las fobias del adulto están todas parcialmente vinculadas con la amenaza de la integridad narcisista: es el miedo a la calle luego de la enfermedad, la pérdida de un ser querido; la nosofobia, la claustrofobia luego de una separación no metabolizada. No tenemos la intención de constituir una especie de sistema causalista de las emergencias fóbicas, pero la idea de vincularlas con la reparación narcisista tiene un interés clínico seguro, a condición de escuchar la expresión en palabras de estas lesiones que no se sabría expresar de otra manera en lo que, para el paciente, se teoriza.

Sin embargo, una cosa resulta segura de nuestras observaciones. Todas las fobias, cualquiera sea su naturaleza, aparecen precedidas de un movimiento de creación de un objeto contrafóbico. El llamado de ayuda precede a la designación del perseguidor. Cuando el adolescente llega a la sesión con sus objetos fetiche, decide que ya no puede dormirse sin sus animales de peluche, se hace acompañar por la calle por una amiga, el objeto fóbico no está lejos, está constituyéndose y se lo verá asomar la nariz en los días o semanas siguientes, focalizando de manera más o menos simbólica las representaciones persecutorias. Tal vez, la designación del objeto contrafóbico no precede en tiempo real al uso de la función fóbica. Participa sin duda en ésta en una temporalidad psíquica que, de manera manifiesta, no se acompaña. La interpretación que se puede asignar a este movimiento es la siguiente: la amenaza de desmoronamiento, la angustia primitiva a la que reenvían todos los mensajes que vehiculizan las representaciones sexuales requieren en los hechos dos tipos de respuesta: por una parte, llamar a sus objetos internos, movilizar lo que Winnicott llamaría sus objetos subjetivos, aunque este término pueda incurrir en el terreno de la diferenciación yo-no yo en perspectivas que no deseo debatir en esta instancia; por otra parte, apelar a la proyección. Me parece que estos dos mecanismos se activan desde que hay una amenaza al yo. En ciertos casos, el llamado al objeto subjetivo, al buen objeto en uno mismo en el que se funda el sentimiento de existencia es suficiente, incluso si este buen objeto requiere ser representado en lo externo como un fetiche o

amuleto. En otros casos, este recurso es completamente insuficiente y la designación de un perseguidor externo que pueda evitarse en luchas representables es una exigencia psíquica.

En los hechos, en el movimiento fóbico, existe un conjunto de recursos internos primitivos más arcaicos, para luchar contra la experiencia del desplome cuya amenaza se perfila. La angustia en el origen de las fobias es una angustia primitiva, una angustia de no ser que la madurez relativa del yo declinará en formas más o menos figurables: es algo experimentado de inexistencia que resulta del ataque interno por representaciones peligrosas y de la confiabilidad de los objetos narcisistas o subjetivos. En el plano exterior, la designación del mal objeto racionalizará lo que no puede ser vivido como un riesgo interno, salvo si se pone en peligro la capacidad de representación y pensamiento. La designación del objeto fóbico es por ende una manera de restaurar la continuidad de pensar en donde la misma está fragilizada, pero la designación del objeto contrafóbico es por adelantado una tentativa de consolidación de los objetos narcisistas claudicantes.

### **La estructura fóbica**

A partir de 1911, la noción de estructura fóbica se perfila en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”. Encontrará su descripción exhaustiva en 1925 en “La negación”. La formulación que aporta Freud, que toma más cuerpo en los aportes de *Metapsicología* permite la comprensión de la constitución del sujeto psíquico y su sentimiento de existencia en una oscilación constructiva entre la toma en cuenta del interior y el exterior, del pensamiento y el acto, de la representación y la percepción. Este modelo elemental es, sin importar lo que pase, una constante y una coacción del funcionamiento psíquico. Existe en los orígenes del sujeto un mecanismo que contribuye a la distinción interno/externo y que es seguramente un mecanismo fóbico. “En la psicología fundada en el psicoanálisis, nos hemos acostumbrado a partir de procesos inconscientes... Consideramos esos procesos como los más antiguos... pensamos que en ellos se perpetúa una fase de desarrollo durante la cual no había otra forma de proceso psíquico... La tendencia matriz a la que obedecen estos procesos es fácil de reconocer; se la designa como principio de placer/displacer”<sup>25</sup>. “Expresado en el lenguaje de las mociones pulsionales más antiguas, las mociones orales: esto quiero comerlo o escupirlo... esto quiero introducirlo en mí y aquello quiero excluirlo de mí. Por lo tanto, eso debe estar dentro de mí o en mi exterior... El yo-placer original quiere introyectarse todo lo bueno y expulsar de sí todo lo malo. Lo malo, lo extraño al yo, que se encuentra en el exterior es para él ante todo idéntico”<sup>26</sup>.

En “Pulsiones y destinos de pulsión”<sup>27</sup> podemos leer que las adquisiciones progresivas del yo, primeramente sensoriales, luego perceptivas y motrices, van a contribuir a instaurar nuevos criterios de apreciación del origen de la satisfacción y para utilizar mecanismos cada vez más complejos y al mismo tiempo adaptados para mantener la experiencia del placer coexistente con este funcionamiento primitivo. Si, originalmente, lo que es bueno o malo es equivalente a lo que es yo u otro, esta dicotomía va a complicarse, refinarse a causa de los efectos de la maduración del yo y de sus recursos. Por ejemplo, aquello que originalmente se alucina se torna insuficiente si las herramientas del yo permiten la satisfacción objetal (aunque se conozcan situaciones en las que la alucinación conserve el triste privilegio de ser cualitativamente más satisfactoria que cualquier otra de otro tipo). Esta complicación funcional de la satisfacción, que va por ende de la mano con el desarrollo del yo, no da lugar a la convicción de que el exterior, con su representante objetal, esté en el origen del displacer, la privación, la frustración y ulteriormente la castración. La ambivalencia del objeto es una conquista sobre este

---

<sup>25</sup> En Resultados, ideas, problemas. p. 137, nota 2 al pie de la página, que muestra cómo el bebé realiza esta ficción.

<sup>26</sup> S. Freud, *La negación*, en RFP, t. II, op. Cit., p. 137.

<sup>27</sup> S. Freud, *Metapsicología*, París, Gallimard, 1968, p. 38.

experimentado primario que sólo busca resurgir, pero en el que se constituyen las raíces mismas del narcisismo y del investimento del yo, único objeto que no es jamás fundamentalmente malo<sup>28</sup> salvo que se disuelva fuera de los límites o se confunda con el exterior.

El yo “corporal” embrionario expulsa entonces hacia el exterior aquello que es malo, guarda en el interior lo que es bueno. La persecución llega inicialmente desde el exterior o de lo que no es conocido y se trata como exterior. El esbozo del yo/placer primitivo resulta de las funciones defensivas de exteriorización y eyección. Sólo hablaremos de proyección cuando el objeto perseguidor pueda ser designado. El yo se constituye en estas condiciones. Se construye en este tipo de contacto con la realidad, al mismo tiempo que en la integración de las funciones instrumentales. El desarrollo del yo rinde cuenta de las figuraciones cada vez más complejas, tanto de las situaciones de ataque de los objetos como de la defensa del yo.

La proyección y su uso en el funcionamiento fóbico aparecen de este modo como una estructura original del pensamiento, estructura en la que ya en el proceso de adolescencia, entre otros, muestra nuevamente toda la necesidad funcional. Pero ésta puede verse convocada en todos los momentos críticos de la existencia y en particular cuando la amenaza que se cierne sobre el ser humano vuelve a actualizar el riesgo de angustias primitivas y de abandono, cuando los cimientos narcisistas están en juego. La fobia repite, en el lenguaje de las mociones pulsionales que el sujeto transforma en lenguaje, una problemática en los orígenes del sujeto psíquico en donde el yo se edifica sobre la dialéctica externa/interna y pulsiones/defensas. No se trata solamente de un asunto interno, una triangulación edípica que debe elaborarse de manera definitiva. Se trata primeramente de saber si el narcisismo puede resistir a la violencia de la seducción incestuosa sin recurrir a la expulsión de la maldad que lo parasita. Lo que realizará la eventual complejidad del funcionamiento proyectivo es la creciente inadaptación de la realidad a la exigencia de placer del sujeto/yo, por ejemplo, cuando el juicio introduce la capacidad de decidir “la inclusión en el yo o la exclusión fuera del yo”. El juicio, complicado a causa de la represión, introduce una capacidad de desplazamiento en el tiempo (designación de lo ocurrido, lo actual y lo futuro) y en el espacio (experiencia de diferenciación de lo que pertenece propiamente al sujeto y de lo que es del objeto). El síntoma fóbico se complicará a causa de estas separaciones.

Lo que es malo puede preverse, ser tratado como algo actual y evitado.

Lo que es malo nunca puede haber sido experimentado como tal pero serlo por contigüidad, proximidad, condensación con el objeto amenazante.

Lo que ha sido percibido como malo puede desplazarse, encontrarse (como representante-representativo de la pulsión) o recreado, reinvestido en el medio exterior y por el juicio o el acto.

Si se otorga al pensamiento, contemporáneo en su emergencia a la constitución del principio de realidad, el aliviar la necesidad de represión, la proposición admite una simetría: todo juicio no pertinente, es decir generador de conflictos internos, inducirá un correctivo. “Piensa que se trata de mi madre, pero se equivoca” implica que existe en el sistema Ics/pcs un conflicto alimentado por el reconocimiento de dicha representación, no aceptable, de la madre. De este modo, la negación expulsa al mal objeto, si se puede decir de manera interna, preservando en dicho sistema la representación aceptable y probablemente gratificante de la madre. El punto de la funcionalidad proyectiva se plantea entonces en los límites de la operatividad de la represión.

Pero volvamos a la proyección como mecanismo en los orígenes de la discriminación yo/no yo. De manera similar, esta función discriminatoria, consecuencia de un protojuicio (o de una forma previa del juicio) es a la armonía del mundo interno el equivalente de la función de represión. La diferencia, dado que ésta existe, entre dos mecanismos, se refiere a los siguientes elementos:

---

<sup>28</sup> Aquí tal vez exista un tema terminológico en el sentido en el que el yo del cual hablamos incluye a una buena parte del otro y podría llamar el “sí mismo”. Pienso particularmente en E. Kerstemberg. Se trata de otro debate que obligaría a retomar el tema de la indiferenciación yo-objeto primitiva o su diferenciación, algo que no podemos hacer aquí.

La represión, sea primaria o secundaria, afecta una representación en el interior del sujeto mismo, creando de este modo una doble interioridad, una doble intimidad, por una parte consciente, por otra parte, inconsciente. La maldad se sustrae del mundo, se la oculta, se la esconde.

La proyección, en cambio, explota al mundo exterior como tal para hacerlo depositario de lo malo, lo extraño; lo exterior, siendo la alteridad por esencia inicialmente perseguidora.

El principio de placer utiliza de este modo ambos mecanismos, ambas herramientas cuyas finalidades se confunden y complementan. Se trata de mantener el mundo interno a un nivel de tensión que sea soportable para el sujeto. Cuando la represión regula la relación del sujeto consigo mismo, la función proyectiva, al servicio de la diferenciación yo/objeto, actualiza el tema de la alteridad. En un sentido, garantiza la construcción del sujeto psíquico. El sentimiento de existencia es efectivamente una convicción solitaria que también está destinada a la mirada ajena.

Otro hallazgo: la proyección es el mecanismo de homeostasis interna que regula las presiones demasiado fuertes del mundo exterior y las consecuencias de la intrusión del mismo en la intimidad del sujeto. Cuando estas coacciones son demasiado fuertes, cuando su tratamiento ya no surge de un reparto equilibrado entre lo que es propio y lo que es de otro, se solicita la proyección. No es necesario decir que la única forma de la que dispone el sujeto para defenderse contra la insistente penetración del mundo exterior, incluso cuando se realiza con el pretexto de la seducción y el aporte de un código erótico, es primeramente la eyección y luego la proyección. El elogio de la función fóbica es este reconocimiento de la utilidad de la proyección como mecanismo que otorga al sujeto un cierto grado de libertad en una historia que de otra forma sería alienante. Es necesario pensar que si la seducción originaria y sus poderes no encontraran del lado del joven algún límite mecánico y erótico, estaríamos en una lógica del poder absoluto materno. De aquí a decir que la proyección proviene de lo masculino hay tan solo un paso, que no daremos aquí pero que refuerza la idea de que está al servicio de la conquista y la apropiación. En resumen, en todo caso es para la seducción el factor de equilibrio, el factor tampón.

El fóbico, dice François Perrier<sup>29</sup>, no tiene lugar en la constelación edípica. Pero no es acaso esa una característica propia de lo neurótico, de lo psicótico o del estado límite, cada uno, bajo la etiqueta, allí donde se lo reconoce como que no ha podido o querido inscribirse en la estructura relacionada, estando cada uno de lado o excluido de una posible triangulación, de su propio deseo o del hecho de la violencia de los primeros vínculos objetales. De este modo, la idea de que la fobia atestigua un obstáculo de la neurosis infantil parece poco defendible. En cambio, que se manifiesta o adviene en condiciones que son las de la exhortación de triangulación y amenazas de inexistencia que la misma trae sobre el yo/sujeto parece más coherente con el pensamiento freudiano. “La angustia no proviene de la represión de la libido; ella provoca la represión. Dicho de otra forma, expresa un peligro que el yo siente.”<sup>30</sup>

¿De dónde proviene la angustia si no es de esta experimentación de impotencia absoluta que hemos evocado en los orígenes del sujeto psíquico? Impotencia de ayudarse a sí mismo, de satisfacer las necesidades más elementales al igual que de manejar el influjo de excitación endógena o seductora. ¿Qué hacer con la angustia? ¿Convertirla en temor, tratarla como una amenaza externa, recuperar las fuentes para evitarlas mejor y convencerse de que es sólo un efecto maligno? ¿Vincularla con una representación que racionaliza su aparición? ¿Abandonarse a ella y consumir actos dañinos? La alternativa de vida, aún invalidante, convoca al pensamiento, la capacidad de representar lo que ataca utilizando objetos externos figurables, similares a prótesis en un imaginario siniestrado.

Este es el hallazgo clínico que a mi juicio es más importante. La fobia no es un asunto de mal valor sino una expresión de deseo del sujeto de encontrar representantes-representativos para su vida pulsional peligrosa y amenazante y que sin las mismas se expresaría probablemente sólo en el acto y la destructividad.

---

<sup>29</sup> F. Perrier (1964), *Neurosis fóbica en Encyclopédie médico-chirurgicale, Psiquiatría, 10, 37360, A. 10; Fobias e histeria de angustia, en El Psicoanálisis, n 2.*

<sup>30</sup> F. Perrier, *Fobias e histeria de angustia, op. cit. P. 191.*

Recordemos que en la clínica, si el síntoma es la efracción, cuestionamiento de la continuidad, es también el instrumento de una tentativa de puesta en sentido de esta continuidad. Si todas las historias se basan sobre la noción de continuidad, la discontinuidad es necesaria para su percepción y su expresión en palabras.

De este modo, el síntoma guarda con el sujeto somato-psíquico una complicidad totalmente particular. Es la expresión singular de lo vivo. Es detectable, manifiesto o latente, es íntimo, secreto, informe, espera las condiciones de una posible elaboración; en otras palabras, utiliza en cada uno formas singulares que son sólo accesibles al sujeto. La inteligibilidad del síntoma, de acuerdo con Freud, se limita exclusivamente a la dificultad de las vías de acceso al inconsciente. La vía principal del sueño no siempre se encuentra despejada en los hechos.

El síntoma es, en sí mismo, una figura sin apoyo, un pretexto sin referente textual. El síntoma como tal no puede descifrarse, solamente el sujeto puede formular su teoría.

Dar sentido al síntoma, es arrancarlo de la economía autoerótica del sujeto para transformarlo en un objeto de comunicación, en el análisis y en los movimientos transferenciales. Ello significa que el síntoma puede figurarse, no sólo describirse como se comenta una imagen, sino representarse, inducir una coincidencia de la cosa y la palabra, del afecto y la palabra, inmerso en un sistema en el que se intercambia y comparte, en un lenguaje común en donde la palabra “sirve de prueba”.

Pero es de este lado de la palabra en donde se origina la función fóbica, ¿cuáles son nuestras herramientas salvo pensar que lo que se manifiesta en el transcurso de la existencia siempre es reinvestible mediante las palabras de las que poseemos la huella antes de conocer el uso?

Existe sin dudas un gradiente de manifestaciones fóbicas que depende, como ya hemos visto, de la relación existente entre investimentos del yo e investimento de objeto; pero si el hecho fóbico es siempre una tentativa de elaboración de un conflicto interno, esbozo de puesta en sentido de una amenaza interna, la función fóbica, estructural, da prueba de un deseo del sujeto por mantener un sentimiento de continuidad y existencia que se le escapa, en el recurso a imágenes de objetos que nutren la capacidad de pensar del mismo.

**Descriptores:**                    **FOBIA / ADOLESCENCIA / PROYECCIÓN/ SÍNTOMA /**

**Autor-tema:**                    **Freud, Sigmund**